

SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS

Capilla del Seminario, noviembre de 2016

La fiesta litúrgica de Jesucristo, Rey del Universo, pone el broche final al Año litúrgico. La Iglesia nos invita a contemplar el Misterio de Cristo a lo largo del año para gustar internamente en nuestra alma la bondad de Dios que sale a nuestro encuentro y nos abraza con su misericordia. La proclamación del evangelio de San Lucas nos ido guiando, domingo a domingo, para que conociendo más al Señor caminemos con él que no ha venido a ser servido sino a servir a los pobres y anunciar el Reino de Dios a todos los hombres.

El Reino de Dios no es de este mundo; pero ya está aquí en el mundo porque “Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención. La Iglesia o reino de Cristo, presente actualmente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo.” (LG 3) El Reino de Dios se extiende por todos los pueblos de la tierra gracias a la acción del Espíritu Santo y a la cooperación de cada cristiano en la única Iglesia de Cristo. Porque todo cristiano, consciente de la acción del amor de Dios en su vida, es decir del Reino de Dios, vive un deseo inagotable de brindar misericordia a todos los hombres y extender por todos los pueblos el Reino de la vida y de la santidad, de la gracia y del perdón, de la justicia y la verdad, de la paz y del amor.

Cristo es nuestro único rey y su Reino nuestra patria definitiva. Este Rey a quien servimos ha promulgado una sola ley para los que quieren habitar en su Reino: el amor fraterno; nos ha prometido una sola cosa: participar en su gloria y nos ha mandado una sola misión: extender por el mundo su Reino. Sirvamos gustosamente a este Rey que tan poco manda y tanto nos da. Sí, ofrezcámonos para colaborar con este Rey de corazón manso y humilde que carga sobre sus hombros a los más débiles y consuela a los tristes. Este Rey que da vida al hombre y lo llama a vivir en la verdad para que sea justo y feliz ¡Qué Cristo Rey nos conceda la gracia de participar aquí en la tierra de su misión redentora y en la vida eterna de su gloria!

Queridos diáconos: Cristo nos enseñó que la actitud fundamental de los ciudadanos de su Reino es el servicio a los hermanos. Él mismo, como sabéis, después de cenar con sus discípulos les lavó los pies, tomo el oficio que realizaban los siervos para mostrarles que en el Reino de Dios entra quien está dispuesto a

servir. Vosotros recibís hoy el sacramento en orden al servicio. Como aquellos servidores que los apóstoles escogieron para ocuparse de la administración y de las personas necesitadas, así también vosotros recibís hoy, por la imposición de las manos del obispo, la gracia sacramental para que resplandezca en vuestro servicio: “El amor sincero, la solicitud por los enfermos y los pobres, la autoridad moderada y la pureza sin tacha.” (Oración de consagración del diácono)

Dios Padre, por medio del Espíritu Santo prometido por Jesús, os entrega sus siete dones para que desempeñéis el ministerio diaconal con fidelidad y obediencia a Dios y a la Iglesia. Cada uno de vosotros ha de acoger en libertad esta gracia sacramental que recibe del mismo Jesucristo. Por eso debéis pedir al Señor todos los días que os conceda el don de ser y sentir como Él que “no vino a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20,28)

Querido Luis: Nacido en esta bimilenaria ciudad de Astorga continuas la tradición de tantos ministros del Señor que han servido a Dios y a su Iglesia en este lugar desde tiempo inmemorial. No tengas miedo de entregarte al Señor totalmente, a pesar de tu juventud. Recuerda las palabras de San Pablo a Timoteo: “Que nadie te menosprecie por tu juventud, se, en cambio, un modelo para los fieles en la palabra, la conducta, el amor, la fe y la pureza” (1 Tim 4, 11) Da gracias al Señor por haberte llamado a trabajar en su viña a hora tan temprana y confía en la fuerza de la gracia que el Señor hoy infunde en tu espíritu para hacerte fuerte y valiente. Pon siempre más amor en las obras que en las palabras y en las cosas. Ten recta intención en lo que realices y busca siempre cumplir la voluntad de Dios.

Querido Fernando: Has llegado de las tierras de lejanas de Colombia donde recibiste la fe y te sentiste amado por el Señor. Los avatares de la vida te trajeron hasta España. Agradezco tu decisión de incardinarte al servicio de esta diócesis de Astorga que te acogió hace ya seis años y te formó como seminarista. Esta será tu nueva patria, tu nueva casa y tu nueva familia. En la casa y en la familia de Dios nadie es extranjero porque la muerte y resurrección de Cristo ha derribado el muro que separaba al judío del gentil. Todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre que nos ama y nos sostiene en su amor. Abre tu corazón a esta Iglesia que te acoge y déjate acompañar por ella para que el don que hoy recibes de fruto abundante y un día puedas escuchar de labios de Cristo Rey: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso.”

Queridos hermanos: Demos gracias al Señor de quien procede todo bien por estos dos diáconos que ordenamos al servicio de nuestra diócesis de Astorga. Necesitan nuestro apoyo afectivo y nuestra oración para seguir madurando como personas y como ministros del Señor. Pidamos también por los seminaristas del Seminario Mayor y del Seminario Menor que nos acompañan, por sus rectores y profesores para que se afiance en ellos la vocación al sacerdocio y el deseo de seguir a Jesús que desea reinar en el corazón de todos los hombres.

A la Virgen Inmaculada, reina de cielos y tierra, encomendamos a estos dos hermanos para que ella les enseñe a estar siempre dispuestos a servir a quien lo necesite, a enseñar la fe y a defenderla incluso con la entrega de su vida.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga